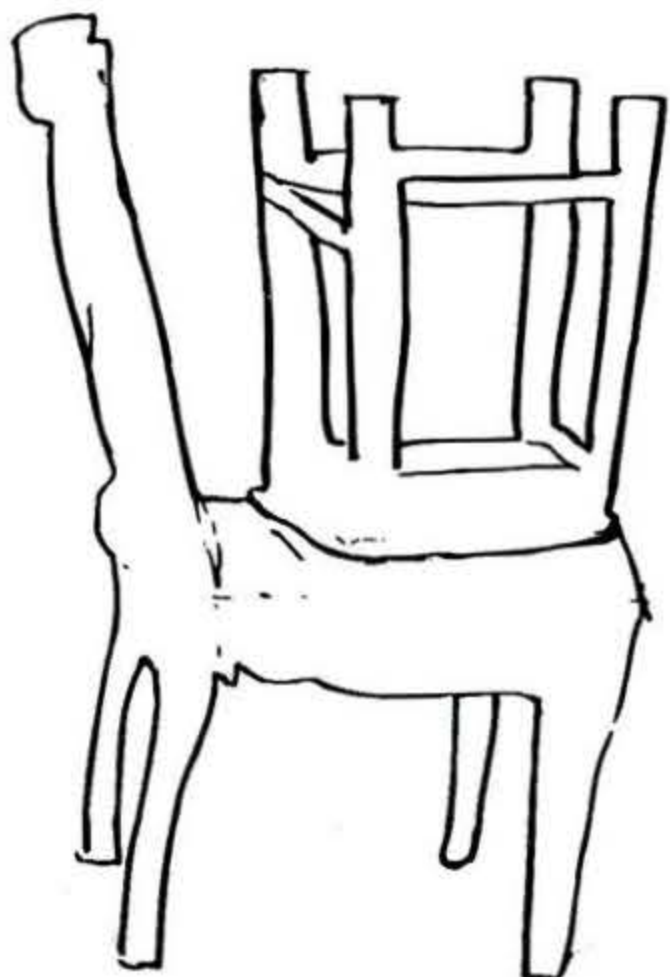


y Ellas, llegan a un lugar sin límites, pierden la memoria y se dispersan "con caras inexpresivas". Este primer cuento da el tono al libro, que tiene unidad, pero para encontrarla y descubrir ese tono hay que leerlo, y leerlo una vez más.



Cada pequeña historia, o minicuento o como ha de llamarse, nos acerca a una situación, cruda realidad. Nos presenta un personaje que enfrenta su insatisfacción, una insatisfacción muy contemporánea. En ese sentido este libro es moderno. Nos pone de frente a este final de siglo, no sólo por los temas, o los arquetipos escogidos para encarnar en Ellos o en Ellas, sino por el lenguaje y la manera de contar, la economía de palabras, sólo lo justo. El renegado, es un Él, que se vive negado y renegado por su madre, pobre tipo sin salida para quien su destino es ser el renegado. "Baja tus ojos, hunde tu cabeza entre tus hombros, agáchate aún más, nunca me mires, obedece". O el otro, también un Él, todo orden, todo cuadrícula que viene a las latitudes tropicales y, ante el desorden que vive como caos y amenaza, concluye que todo es peligroso, que los encierren. O las Ellas, una ella que es toda pasión. Su eros se desborda con sólo pensar en él. "La carne, el sexo, el olor, lo sólido, lo líquido, aromas, materia, colores giraban rondaban, más voluptuosos, más voluptuosos, la consumían y... él... impávido". U otra Ella que sólo es ella y su libertad, ningún compromiso, por eso opta por los tres. "El lunes llegó su querido y ella quería

el martes con el otro, mas no sospechaba que el miércoles era el del tercero". Y al final ella es un solitario fantasma.

Ellas y Ellos, cada quien con sus miedos, cada quien con sus deseos, todos diferentes, cada quien pensando sólo en sí mismo. Y ¿el Otro? y ¿Él? y ¿Ella?

Este libro es el trabajo de Ángela María Pérez Beltrán, durante los años que van entre 1986 y 1989. Por su formato, presentación y edición no parece tener otra pretensión que mostrar sus escritos de cuatro años mientras realizaba sus estudios de literatura en Estados Unidos. Se lee la necesidad que siente la autora de compartir con el lector o la lectora el producto de su trabajo, delgadito en apariencia pero gordo en desvelos. Llegan como vivencias casi que sacadas del cuaderno de observaciones del eterno dilema, de la pregunta sin respuesta, salpicadas de goterones de dolor. También hay violencia, también hay horror, como en el cuento del hombre que se pudre sin darse cuenta o sin darle mayor importancia. O Ellas que comen y comen con la pasión de la gula o de la enfermedad. "Desaforadas tragaban, engullían de chocolate fresa, vainilla. Empujaban con la manos, ya no respiraban, otro tanto detenida la acción por segundos". O aquel que se odia tanto que un mensaje interior lo lleva a arrancarse pedazos de su piel. Brochazos surrealistas, momentos en que la verdad no puede ser verdad y tiene que ser fantasía. Ángela María Pérez Beltrán goza describiendo la podredumbre, y luego nos entrega el diálogo más cotidiano, más sencillo, más íntimo. ¿Querida? ¿Y... hoy qué tenemos de cenar?"

"Ella me atacó y encontró mi cíclope escondido..." y nada pudo hacer, él era más pequeño que esa sombra. Este texto, el número III, es bastante interesante. Cada lectura me dice algo diferente. ¿Es ella quien ataca o es la sombra de ella? Es lo mismo, por supuesto pero también es la sombra como parte de uno mismo, el lado oscuro y destructivo. Es que la manera de narrar de Pérez Beltrán contiene el secreto para ser ambigua. No se ocupa de separar cada voz que habla de la próxima o de poner párrafos aparte; simplemente mezcla según lo va necesitando. ¿Quién es la voz que

habla? Es un Él o es una Ella, esa confusión hace que el texto se enriquezca de una manera no muy usual. Otro texto singular es uno que habla de estereotipos y roles. El número XI, donde el masculino y el femenino se encuentran en la confusión de identidades, casi que es ese caos ancestral, que nos remite a la pregunta sin respuesta del inicio del libro.

El libro, con carátula ilustrada por Cristóbal Pera, está lleno de los temas del amor o del desamor. La incomunicación de él y ella en la cama, el vacío, el amor imposible o posiblemente ridículo, la incredulidad, la burla y el cinismo: adulación y sensualidad es la fórmula del seductor, un chicanero, que se las conoce todas, pero aquí este don Giovanni nunca encuentra el punto débil de la mujer protagonista.

Relaciones sin inventar, sin acabar de hacer. Sueños desbaratados, imposibles. Eternas preguntas. De eso se trata este libro. El final es triste. Él y Ella de nuevo, el dolor otra vez en las manos de ella. Y entonces volvemos a empezar con la pregunta, la eterna pregunta de la raza.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Ni mediocre, ni bueno ni rematadamente malo

El desaparecido y otros cuentos

Reinaldo Spitaletta

Lealón, Medellín, 1991, 88 págs.

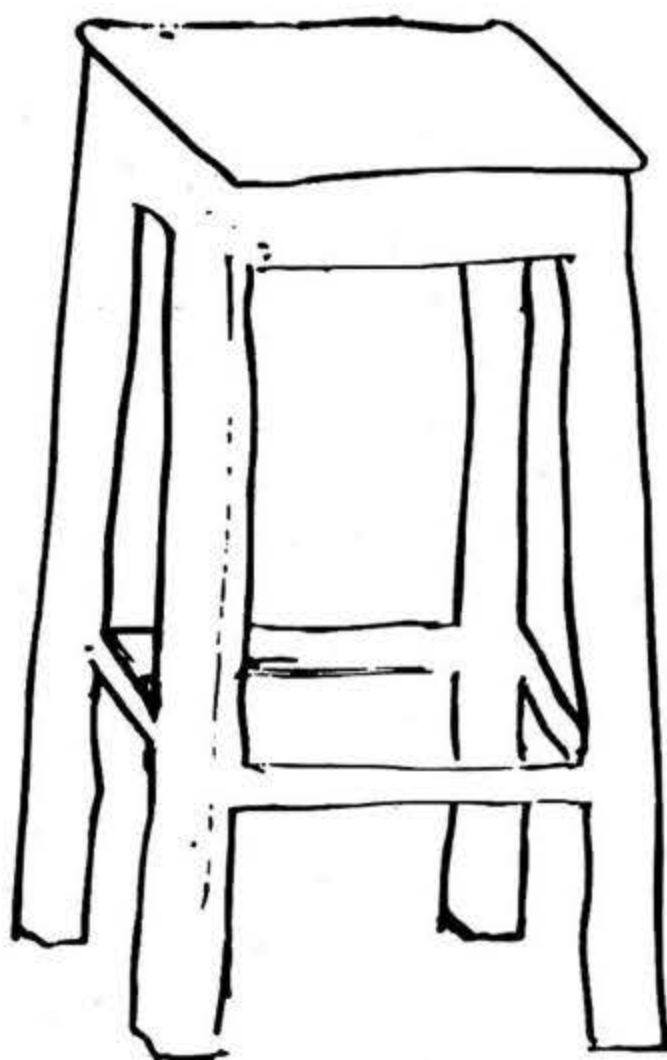
Para no andar con rodeos, diremos de una vez que llama la atención la relativamente abundante cantidad de imprecisiones y torpezas de escritura de este libro. Decimos "relativamente abundante" porque, sin ser excesivo el número de estos yerros, son los suficientes como para imponer la pregunta: ¿cómo puede ocurrirle esto no a un novato —caso en el cual puede optarse por ser algo condescendiente— sino a un periodista como el autor de este bre-

ve volumen de relatos, con una trayectoria ya considerable y de cierta relevancia, sobre todo en el campo del reportaje?

Desde el romanticismo se ha precisado que el lenguaje de la literatura no es el literal y unívoco del diccionario y la comunicación. Su territorio es el símbolo, la metáfora, la alusión, la diversidad de sentidos. Pero esto no exime al escritor de ser preciso y riguroso en el empleo de sus recursos, que, por autónomos que sean respecto del mundo natural y de ese lenguaje de diccionario, han de ser consecuentes y coherentes con las reglas de juego asumidas implícitamente por el texto. Un autor puede proponer en su relato la existencia de unas botas que permitan al personaje que las use cubrir siete leguas en un solo paso, pero, como anota Paul Hazard en su libro *Los niños, los libros y los hombres*, en adelante no podrá olvidar tal determinación, ya que de lo contrario perderá la credibilidad del lector. Y de igual manera a como la fantasía de Lovecraft crea seres, cosas o dimensiones temporales y espaciales por completo ajenas al mundo de lo que nos es conocido, con una libertad tal respecto de la realidad cotejada a diario desde el sentido común que no nos es permitido rechazar como extravagantes sus anatomías, paisajes, episodios y fenómenos, así mismo habremos de reprochar a un escritor, si acepta las coordenadas del conocimiento socialmente admitido para tener experiencia del mundo y compartirla como el esquema mental de su narración —en otras palabras, si adopta la llamada perspectiva realista—, que se aparte de esos presupuestos. Y ésta es la convención desde la que Spitaletta elabora sus cuentos.

Al describir un personaje desde esa mirada, podremos decir de su frente que es estrecha, amplia, despejada, prominente, etc., pero no “profunda”, como se lee en la página 23 de este libro. Profundo: “Más cavado y hondo que lo regular”, define el diccionario. Existen, claro, acepciones del lenguaje figurado que permiten, por ejemplo, hablar de un sentimiento “profundo”, pero en el contexto de verosimilitud implícito en el relato, la utilización de la palabra no es otra cosa que un equívoco, resultado de una ligereza, de un descuido en el

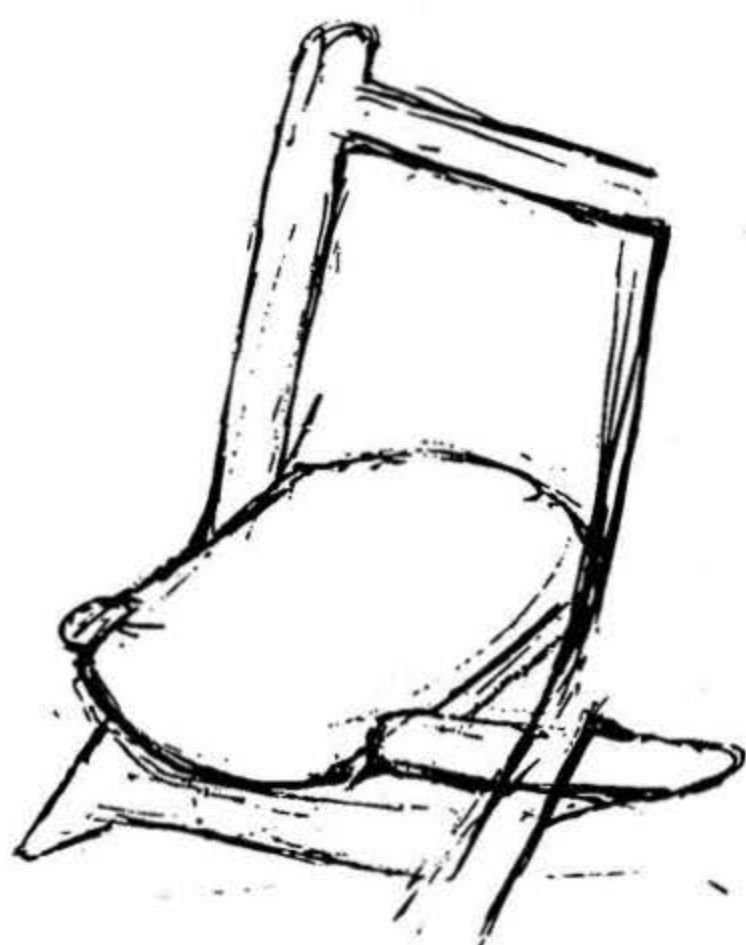
rigor. Hablar ahí de una frente “profunda” sólo puede significar una malformación congénita o un estado excepcional debido a una herida bárbara. De igual manera, es una reiteración innecesaria agregar el adjetivo amarillo al sustantivo girasol. Que se sepa, no se conocen girasoles de colores diferentes. Cualquiera puede citar casos en los que tales precisiones sí caben. El guayacán tiene tres variedades en su floración: amarillo, rosado y violeta. Por supuesto, cabe hablar o tejer imágenes sobre el esplendor o la amarillez del girasol, pero tratándose de una descripción de paso (pág. 23), sobra. Además, a continuación del adjetivo amarillo se nos dice que “refulgía” (“Resplandor, emitir fulgor”, dice el diccionario) “con una rara intensidad lumínica”. Esta última palabra sobra por completo, puesto que ya se ha dicho que “refulgía”. Las dos palabras connotan luz, iluminación, resplandor.



Para nombrar el sonido de las manecillas del reloj se acepta universalmente la expresión tictac, que se pluraliza agregando una s. Entonces, ¿a qué otra cosa que a un afán malogrado de originalidad puede atribuirse el que el autor haya recurrido a la no sólo inapropiada sino feísima expresión “tictaques”? (pág. 23). Y a propósito de relojes, ¿no constituye una imprecisión de marca mayor escribir “El tiempo iba de un lado a otro” (pág. 27), si a lo que se alude es al desplazamiento de un péndulo sobre el cuadrante de un reloj? Se “mueve de un lado a otro” el péndulo,

no “el tiempo”. Otro tipo de frases inconsistentes, afectadas, “literarias”, inverosímiles hasta provocar la carcajada del lector, son aquellas en las que las palabras de un personaje chocan con la situación que las provoca. Tres activistas revolucionarios elaboran unos carteles en un cuartucho cualquiera. Uno de ellos se encuentra muy nervioso, al borde del pánico. Los otros dos, una pareja, aprovechan un descanso para bailar boleros. El que tiene miedo los presiona para que abandonen el lugar: presiente que les van a caer agentes del gobierno. Decide retirarse sólo, pero un poco antes se dirige a sus compañeros con estas inverosímiles palabras: “Oigan, creo que vi una sombra móvil en el techo de enfrente” (sin duda es el adjetivo “móvil” lo que hace ridícula la frase). Y un poco antes han intercambiado palabras tan insufriblemente petulantes como las siguientes: “Mira, Jimmy. Deja esas aprensiones. Aplica el materialismo dialéctico e histórico al análisis de los fenómenos...” Que no se habla con intención sarcástica lo prueba la respuesta a este llamado: “No, Carlos. Sé, y no tengo una explicación científica para eso, que nos ocurrirá una tragedia”. Ni el izquierdista más fanático habla así a menos que lo haga en sentido irónico, de hipérbole del lenguaje oficial de las organizaciones revolucionarias. En otro relato, *El desaparecido*, también se encuentran perlas de ese tenor. Un estudiante responde así al suboficial que lo interroga: “...leo de todo, oigo de todo. Todo me sirve como cultura general”. Insoportable el petrimetre, ¿no es verdad? Una respuesta tan pendejamente arrogante en el momento en que se le interroga como sospechoso de actividad subversiva, ¿acaso no se hace de inmediato merecedora de un buen puñetazo? Seguro que sí. Un exabrupto de este calibre se repite, agravado, en *La última jugada*. Dos muchachos huyen de sus perseguidores con los mangos que acaban de robar. Quienes los persiguen van a caballo mientras los muchachos huyen a pie. Por conocimiento previo saben de la predisposición a la violencia de los vigilantes de la finca: el riesgo mínimo es una paliza brutal. Incluso es posible que les disparen (y de hecho esto es lo que desean por un

momento los matones de a caballo). Pues bien: en semejante situación, uno de los muchachos tiene la frialdad o, más exactamente, la voluntad estética de decirle a su compañero de aventura: "Tengo una idea —dijo Chucho—. Cuando tomen el recodo de los árboles...". Vaya, vaya. Conque "cuando tomen el recodo de los árboles". Lástima que este Chucho, tan fino él, tan literato, no haya pulido un poco más el parrafito, por supuesto con algo no desmerecedor de esa grandeza y que a la letra podría ser más a menos así: "Cuando tomen el recodo de los árboles, desde donde se otea en lontananza un infinito horizonte ambarino". ¿Qué tal? Uf.



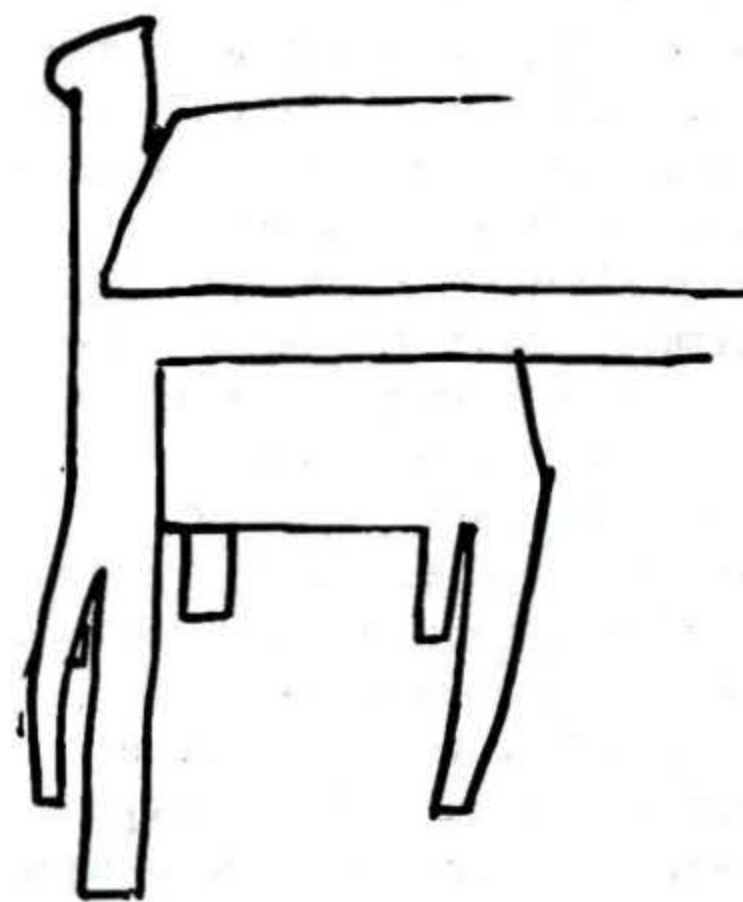
Suficiente. Como se ve, los errores son tan grandes, desdichan de manera tan flagrante con el rigor que debe informar a la escritura literaria, que es imposible tragárselos en silencio, sin protestar. No se trata de la actitud mezquina de agrandar errores de poca monta, de "buscarle el pelo negro a la vaca blanca". No. Hay un descuido innegable en ese tipo de detalles, lo que lesiona la credibilidad, la ilusión de estar leyendo algo verdadero, así sea ficticio —fantástico o realista, no importa—. Ahora, desglosemos un poco los alcances del libro, no sin precisar que en conjunto tiene el sello del principiante en el arte de narrar y que nada agrega a los centenares de cuentos que escriben en el país los talleristas de talento medio, disciplinados y buenos lectores pero en modo alguno imaginativos y arriesgados en la búsqueda de la imagen nue-

va, de esa que renueva el mundo. Cuentos como los que componen este libro hay miles. Dentro de su modesto horizonte, detengámonos en algunos relatos de *El desaparecido* y otros cuentos.

Mi tía Praxedes es una semblanza interesante, a la que las últimas frases la convierten en cuento: esa insinuación del incesto entre la tía adulta y su sobrino menor de edad. El personaje de la tía adquiere una sólida individualidad por medio del recurso de la acumulación de detalles y de la reiteración de su maniática sensibilidad por los animales, obvia derivación, en su caso, de una maternidad frustrada y justificación del cierre perverso del relato, que ocurre en el momento justo. *Aldo quiere ser un caballito de mar* es el cuento bueno del libro, aunque no está exento de debilidades. Un hombre vive lo que al parecer es un desconsuelo sin remedio. Nunca ha podido romper una suerte de extrañamiento que lo separa del mundo, originado tal vez —por lo menos así lo sugiere el relato— en la muerte de su madre cuando aún él era muy pequeño, muerte ocurrida en un mar que no conoce pero hacia el cual tiende oscuramente con todas sus fuerzas: la insinuación del suicidio se propone como un regreso al origen. El relato signa de ambigüedad la relación niño-adulto (¿padre-hijo?, ¿desdoblamiento del adulto en lo que ahora es y ese niño desconsolado que lleva dentro?), con lo que el texto se carga de fuerza simbólica, de resonancias de sentidos posibles. *El beso del buitre* constituye una atractiva alegoría irónica sobre esa perspectiva de lectura que no puede separar la literatura de la realidad, que no admite la autonomía de aquélla, su intransitividad, su no servidumbre respecto del mundo natural y social. Tal lector se "sumerge" en la literatura valorándola en términos de factibilidad empírica, de reflejo fiel y obligado del mundo exterior.

Los cuentos restantes hacen agua aquí y allá, sin que esto quiera decir que los tres que acabamos de reseñar sean excelentes. *Irene*, cuento que abre el libro, despliega una historia sin ton ni son. Un paranoico se siente hostigado por las domésticas que contrata su hermana y a quienes finalmente obliga a abandonar la casa. Con Irene sucede lo

mismo, y eso es todo. No se ofrecen asociaciones que hagan resonar la anécdota más allá de ella misma. La insistencia en los olores y yerbas medicinales que para el paranoico proceden de Irene, no rescatan la narración de esa planitud. *Girasol en el consultorio* vuelve sobre el delirio de persecución; en este cuento, cuando la pesadilla llega a su paroxismo, el lector se pregunta: bien, ¿y qué? *El desaparecido* es más una estampa que un cuento. No hay estructura argumental, y el anuncio final de la muerte es trivial, no estremece, no aporta drama. *María de Magdala* tampoco ofrece argumento alguno, manteniéndose dentro del horizonte de una semblanza imaginaria. Lo que se pretende, y se logra, es transformar la vaga imagen edificante en una mujer completa, "de carne y hueso", como dice el lugar común, realzando los atributos físicos y una sensualidad natural que la involucran en más de un episodio, puesto que desasosiega por igual a hombres y mujeres. A este nivel, la semblanza convence.



En resumidas cuentas, el libro es una medianía, ni rematadamente malo ni una maravilla, ni siquiera un buen libro. No nos hubiera apartado de otros trabajos si no fuera por el lugar que ocupa su autor en el periodismo de Medellín, como lo anotábamos en un principio y, sobre todo, porque no deja de ser extraño que un periodista ya experto cometa errores como los señalados. Y en cuanto a la factura literaria, se evidencia, en un caso cuyo valor ilustrativo nadie discutiría, que los vínculos entre periodismo y literatura son ambi-

guos, que en modo alguno mucho oficio periodístico garantiza una felicidad inevitable cuando se pasa a la literatura.

JAIRO MORALES HENAO

El metadieético en la deíxis o una resemantización del liberalismo desbragado

La imaginación liberal: hipótesis para una lectura de *La otra raya del tigre*

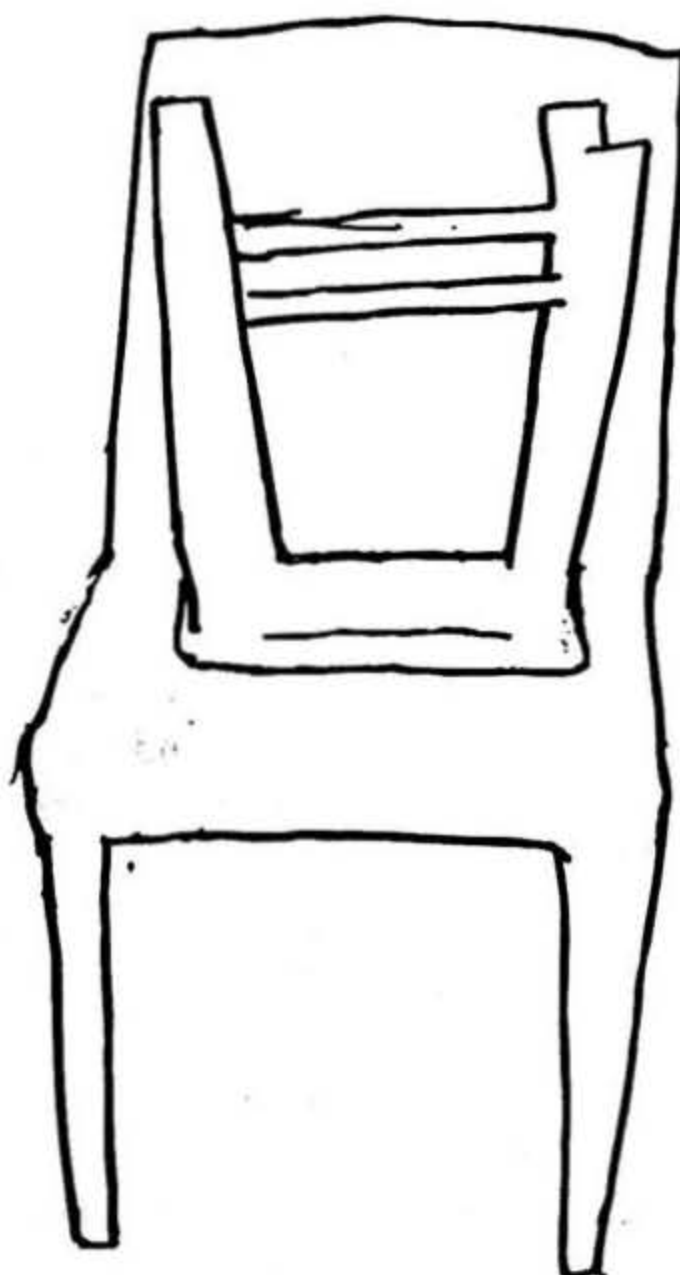
Serafín Martínez González

Instituto Caro y Cuervo,

Santafé de Bogotá, 1994, 118 págs.

¿No es paradójico que en el Caro y Cuervo no hablen ya castellano? Claro que Caro era un consumado latinista y Cuervo entendía bastante de raíces griegas. Pero esas bases no tenían otro objeto que la fijación y definición gramatical y filológica de nuestro idioma. Pero ése no es el asunto... Ya sabemos que ciertas nuevas tendencias de la crítica semiológico-literaria han implementado (por usar otro verbo poco castizo) una terminología inflada cuya única inconveniencia es que no sea asumida críticamente. El asunto es éste: ¿qué propósito tienen estos estudios pretendidamente especializados de la crítica literaria? Tras cerrar el libro, aún no tenemos una sola motivación clara. Los amantes de las distinciones volverán a decir que una cosa es el ensayo, personalista y tentativo, y otra la crítica literaria como tal, rigurosa y académica. Yo disiento al respecto: el rigor mínimo que se exige es el de la escritura; quien emplea la escritura para expresar un pensamiento necesariamente incurre en el ensayo, no importa qué clase de metodología le subyuga. *Tout le reste...* es falsa crítica literaria, trabajo de campo, acopio documental, literatura ancilar. Y conste que este trabajo de Serafín Martínez demuestra un buen bagaje, un abundante (pero inútil) aparato crítico, un inteligente manejo de relaciones teóricas. Pero también

está esa teoría estática, anquilosada, que no tiene más utilidad que el poder de la abreviatura, de nombrar lo obvio; ahora bien, nadie se opone a que se trate de imponer expresiones y conceptos como el narrador *metadieético*, *hipodieético*, *paradieético* o *parentético*, siempre y cuando su uso no sirva de sofisma de distracción para no hacer claridad sobre la realidad a que ellos aluden. Con decir que un discurso narrativo es metadieético no decimos nada; hay que mostrar *cómo* un discurso es metadieético en una obra particular. Con eso superamos la obviedad.



Dicho lo cual, hagamos lo propio con *La imaginación liberal...*, de Serafín Martínez González, libro al que, por no hallarle propósito ulterior, le pensamos un sentido a partir de su propio título. ¿Cuál es la hipótesis y cuál su desarrollo? La hipótesis está bien planteada desde las primeras páginas, es sugerente y nos promete un montón de revelaciones de lectura. Pero lo que hace el autor después del planteamiento inicial es dedicarse a la tautología (repetir el planteamiento) y a la ambigüedad conceptual. Empecemos por lo segundo.

La hipótesis es que en *La otra raya del tigre*, la novela de Pedro Gómez Valderrama (1976), se *resemantiza* el discurso liberal-burgués decimonónico, esto es, que tal discurso subyace como visión de mundo de la novela del

santandereano. Lo cual quiere decir que Gómez Valderrama adhiere y potencia a la ideología que animó el experimento del Estado Soberano de Santander entre 1853 y 1886, época y lugar que abarcan holgadamente la acción del aventurero alemán Geo von Lengerke, protagonista de la novela. En síntesis: el proyecto del liberalismo radical.

El primer paso en la argumentación de Martínez es comprobar que la novela se hace eco del "difusionismo" burgués del siglo XIX, término que sólo viene a explicar en la página 36 como "conquista cultural" (?) y en la página 67 como, "retórica del progreso y la civilización". Dejemos a un lado una superable vaguedad del concepto, y recordemos que se enfatiza en un punto, por el lado del personaje: la filiación europea de tal ideología. Es en este punto donde Martínez inicia su cadena de oposiciones, síntesis y nuevas oposiciones, tratando de asir el sentido real de la expresión "imaginación liberal". El primer contraconcepto aclaratorio, es decir, el elemento opuesto al liberalismo burgués europeo, es el de "mentalidad agraria premoderna" o "contumacia del señorío hacendatario". Pero viene a continuación, dado el planteamiento Europa-América que supone la primera oposición, el primer intento de síntesis: la idea de transculturación: un mundo de origen europeo que viene a sembrarse en el trópico, con las condiciones que éste le impone. Esta idea se fija ante todo en el análisis del episodio (primer cuento autónomo) del viaje del piano desde Alemania hasta Montebello, la hacienda de Lengerke en Santander. Montebello puede llegar a ser el imperio de Lengerke (¿un imperio transculturizado?), pero el piano, antes de llegar allí, recorre la pura selva ("el reino del tigre y del caimán") o pasa por Mompox, esa ciudad señorial y aletargada: el piano burgués y europeo, tocado por la "explosión verde" y por el "señorío hacendatario"... La idea de transculturación no cuaja, entre otras cosas porque Martínez introduce un capítulo ambiguo con título no justificado: "el viaje a los orígenes". ¿Cuáles orígenes? ¿Quién viaja a los orígenes? ¿Lengerke? La expresión "viaje a los orígenes" está cargada de una gravitación mítica y sin duda Martínez no lo ignora. ¿Sirve el mito de contracon-